

Verónica Murguía

Mi primer encuentro con la obra de Mark Twain fue semejante al comienzo de una amistad. Hubo simpatía y curiosidad, satisfechas y nutridas por una inteligencia generosa que ha cautivado a decenas de miles de lectores. O, mejor, fue el comienzo de una amistad que sigue, que se ha transformado con los años y que me ha dado muchas alegrías.

Me regaló a Tom y a Huck, a Jim, a Adán y Eva, en la irreverente y amorosa versión que el lector tiene en las manos, a Hank Morgan, el pragmático yanqui que arruina la Edad Media del rey Arturo, y a Tom Canty, el mendigo que parece el hermano gemelo del rey de Inglaterra.

Yo fui, como algunos de los protagonistas de Twain, una niña insomne. En las noches, cuando el resto de la familia dormía, me levantaba con sigilo y me iba a leer a un sillón. A veces mis padres se daban cuenta. Entonces me enviaban de regreso a la cama, donde me esperaba la vigilia asustadiza de los niños miedosos. Otras, el sueño llegaba mientras tenía el libro en el regazo. Entonces luchaba por seguir despierta, convencida de que si me dormía, uno de los muchos monstruos que poblaban la casa —el del clóset, el de debajo de la cama, el de la alacena o el de la regadera—, vendrían por mí. Con los párpados pesados, me iba a la cama con el

libro en la mano. Lo ponía debajo de mi almohada y me dormía sobre él, segura, de que si lo tenía cerca no me faltaría una compañía valerosa, y con sentido del humor. De eso estoy segura aun hoy.

Hay una deliciosa sensación de triunfo en el lector que se carcajea con un libro en las manos. Es un acto de libertad soberana, de comunión y complicidad absolutas con el autor. Mark Twain fue el primer autor que me hizo reír y que lo sigue haciendo.

Twain es ese tipo de autor que sabe revelar, debajo del chiste y la escena hilarante, el anhelo humano. En el caso de esta obra: *Diarios de Adán y Eva*, el autor nos revela la delicada construcción de la pareja y la vida de dos. Porque el potente y tierno descubrimiento del *otro* corre como un hilo invisible y poderoso debajo del bordado estrafalario de las imágenes del cómico descubrimiento del mundo.

Adán y Eva llevan un diario cada uno por su lado, desde el momento de su aparición en el Jardín del Edén. En él describen sus frustraciones, debidas casi siempre al otro, su minuciosa curiosidad frente a la Creación, su amistad con los animales y sus experimentos. Sobre todo sus experimentos. Procesos en los que ponían en acción el intelecto y las manos, como aquellos a los que fueron tan proclives los norteamericanos de la época en la que los *Diarios* fueron "traducidos" por Mark Twain.

Twain, amigo de Nikola Tesla y Tomás Alva Edison, fue, además de un escritor de genio, un inventor incansable: patentó, entre otras cosas, papel autoadherible para fotografías. Quizás por eso Eva, cuando apenas lleva un día en el mundo, se llama a sí misma "experimento", variación sardónica de lo

que tantos mitos han supuesto: que la humanidad es un experimento de los dioses.

Otro flanco de la personalidad de Twain que se revela en este brevísimo libro es su conmovedor lado familiar. No hay que olvidar que el escritor rebelde e iconoclasta que perturbó a las buenas conciencias de esos años con *Huckleberry Finn*, el aventurero inconforme, el hombre que denunció los crímenes del rey Leopoldo de Bélgica desde los periódicos, el padre de la literatura norteamericana —como le llamó Hemingway—, era, también, un hombre de familia y un esposo leal. La sonriente delicadeza con la que redactó algunos pasajes de los *Diarios* revela, bajo el brochazo del chiste y la imagen absurda, el dibujo sutil de un amor familiar rico en matices.

Al principio, como en la Biblia, la pareja primera está a sus anchas en el Edén. Quién sabe cómo "recuerdan" el mundo del futuro, las artes de la escritura, la ingeniería y la cocina, aunque con ciertas variantes que sólo pueden ser norteamericanas. Adán, sin manual de instrucciones ni experiencia, construye una casa; Eva aprende a hacer fuego e inmediatamente entiende cómo cocinar manzanas. El paisaje es Norteamérica, naturalmente. Viven cerca de las cataratas del Niágara, para Adán, lo mejor del terreno; para Eva, un peligro horroroso, ya que él insiste en arrojarle a la cascada metido dentro de un tonel. Adán es pésimo para nombrar a los animales; Eva es una clasificadora fuera de serie, parlanchina y cariñosa. Todos los animales la aman: ella no le teme a nada, pues los tigres y leones del Paraíso son vegetarianos, así como los buitres, ya que no hay carroña. Sin embargo, Eva, atenta, se da cuenta de que falta algo esencial por revelarse: "Ella dice que los dientes que tienen indicarían que fueron

hechos para comerse entre sí". Adán medita sobre la muerte, y las deducciones de Eva lo atemorizan.

Se miran y se gustan, con recelos y cautela. Él desconfía, detesta el temperamento pasional de Eva, sus arrebatos, el llanto: "agua de los agujeros con que mira". Ella lo ama de inmediato, a pesar de que al principio le parece un reptil sin cadenas que "se afila como una zanahoria". Adán piensa que Eva es hermosa y mientras más le gusta, más torpe se vuelve en su presencia. Cuando la amistad de Eva y la serpiente, que habla, ya lo sabemos, se afirma, Adán huye de sus parajes habituales, invadido por un mal presentimiento. Entonces, la muerte irrumpe en el mundo y lo sorprende en la escapatoria. Los animales que lo rodean se matan entre sí, los tigres devoran a su caballo "haciendo caso omiso cuando les ordené desistir".

Siente hambre y miedo, adivina que Eva comió la manzana y él mismo, después de verla llegar comportándose de acuerdo con una nueva actitud —el pudor por la desnudez—, "peca". La candidez de Adán pone en relieve la bondadosa astucia de Eva, quien le hace creer que fue a él a quien se le ocurrió desobedecer a Dios. La advertencia de que desde el momento de su expulsión se verán obligados a trabajar lo tiene sin cuidado. Después de todo, es un hombre excepcionalmente industrial. Adán y Eva construyen una hermosa vida familiar aunque su desconcierto ante Caín le hace decir que si muere, lo disecará para ver qué tiene adentro. Pero Twain se detiene poco en las peripecias de la descendencia de Adán y Eva: prefiere contarnos cómo envejecen, cómo el tiempo les resta fuerza pero les añade sabiduría.

Hasta aquí podríamos señalar algunas semejanzas de método con la justamente célebre obra *Un yanqui en la corte del rey Arturo*: los protagonistas de estas fábulas son norteamer-

ricanos emprendedores que, armados con los conocimientos prácticos del siglo XIX, se mueven en el pasado mítico construyendo, organizando y finalmente, constatando que con el progreso también llega la muerte. En las dos hay, debajo de la alegre ebullición de la comedia, lecciones éticas y punzantes ideas sobre el progreso. En el mundo artúrico, la materia de reflexión es la proclividad humana a la violencia. Hank Morgan precipita a los caballeros a destruirse al ponerles en las manos las armas con las que pueden lograrlo con más eficiencia. Pero allí donde Hank Morgan y Merlín se enfrentan en un final de mundo terrible, Adán tiene otro tipo de desafío: se enfrentará no sólo a la muerte, también al amor.

En los pasajes finales de la parte del diario que le corresponde a Eva, este breve libro se desprende no sólo de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, sino también del humor ligero de las primeras páginas para transfigurarse con un discurso amoroso que sorprende porque no es cómico ni satírico. Eva manifiesta su enternecedor anhelo de morir antes que Adán, porque cree que él puede resistirlo mejor que ella, y afirma: "Esta plegaria es inmortal también, y no cesará de ofrecerse mientras mi raza continúe. Soy la primera esposa, y me repetiré en la última".

Adán, un yanqui de pocas palabras, resume en seis una vida amorosa que inaugura las alegrías y pérdidas de la humanidad entera. En estas seis palabras revela cómo con la muerte y la pérdida de la inocencia, el hombre descubrió un poder que le da a nuestras efímeras vidas la estatura de los ángeles, y a la Tierra, la posibilidad de convertirse en un ámbito divino: el amor.

En la lápida de Eva se lee: "Donde ella estaba, estaba el Paraíso". Ω

Diarios de Adán y Eva

Mark Twain

Fragmentos del diario de Adán

TRADUCIDO DEL MANUSCRITO ORIGINAL

[NOTA: Traduje una parte de este diario hace unos años, y un amigo mío imprimió algunas copias en versión incompleta, que nunca llegaron al público. Desde entonces he descifrado más jeroglíficos de Adán, y pienso que él es ahora lo bastante importante como personaje público para justificar esta publicación. -M.T.]

Lunes

Esta nueva criatura de cabello largo es una lata. Siempre anda rondando por todas partes y siguiéndome. Esto no me gusta; no estoy acostumbrado a la compañía. Ojalá se quedara con los demás animales. Nublado hoy, viento en el Este; creo que lloverá... ¿De dónde tomé esta palabra?... Ya lo recuerdo: la usa la nueva criatura.

Martes

Estuve examinando la gran cascada. Es lo mejor del terreno, creo yo. La nueva criatura la llama cataratas del

Niágara; por qué, no sé. Dice que parecen cataratas del Niágara, pero ésa no es una razón; es mero capricho e imbecilidad. No tengo oportunidad de ponerle nombre a nada. La nueva criatura bautiza todo lo que se aproxima antes de que yo pueda protestar. Y siempre ofrece el mismo pretexto: parece tal cosa. Ahí está el dodo, por ejemplo. En cuanto se le ve, tan pronto como se le mira, la nueva criatura dice que “parece un dodo”. Tendrá que conservar ese nombre, sin duda. Me fastidia enojarme por estas cosas, y no me hace nada bien, por cierto. ¡Dodo! No parece más dodo que yo.

Miércoles

Construí un refugio contra la lluvia, pero quizá no pueda disfrutarlo en paz: la nueva criatura se metió a la fuerza. Cuando intenté sacarla, derramó agua de los agujeros con que mira, la secó con el dorso de sus zarpas e hizo un ruido como el que otros animales hacen cuando están angustiados. Me gustaría que no hablara; no para de hacerlo. Esto parece un ataque artero contra la pobre criatura, una calumnia, pero no es ésa mi intención. Nunca he escuchado voz humana, y todo sonido extraño y nuevo que irrumpe en el silencio solemne de estas soledades de ensueño ofende mi oído y parece una nota falsa. Y este nuevo sonido está muy cerca de mí, justo en mi hombro, en mi oreja, primero de un lado y luego del otro, y sólo estoy acostumbrado a ruidos más o menos distantes.

Viernes

La asignación de nombres continúa con intrepidez, pese a todo lo que yo haga. Yo tenía un nombre muy bueno para el terruño, musical y elegante: JARDÍN DEL EDÉN. Sigo llamándolo así en privado, pero ya no en público. La nueva criatura dice que todo es bosque y rocas y paisaje, y que por tanto no parece un jardín. Dice que semeja un parque y nada más que un parque. Así, sin consultarme, ha decidido un nuevo nombre: PARQUE DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA. Esto es muy arbitrario, me parece. Y ya hay un letrero:

NO PISE EL CÉSPED

Mi vida ya no es tan feliz como antes.

Sábado

La nueva criatura come demasiada fruta. Es muy probable que se nos acabe. “Nos” otra vez, esa palabra es suya, y ahora también mía, de tanto oírla. Mucha niebla esta mañana. Yo no salgo cuando hay niebla. La nueva criatura sí. Sale en todo clima, y regresa con los pies enlodados. Y habla. Antes había armonía y tranquilidad aquí.

Domingo

Creo que la libré. Este día es cada vez más pesado. Fue elegido y reservado, el pasado noviembre, como día de descanso; yo ya tenía seis a la semana. Esta mañana sorprendí a la nueva criatura tratando de bajar manzanas a terronazos del árbol prohibido.

Lunes

La nueva criatura dice llamarse Eva. Está bien, no tengo ninguna objeción. Dice que la llame así cuando quiera que venga. Yo le dije que eso era superfluo. Es obvio que esta palabra elevó su respeto por mí, y es en verdad una palabra buena y larga, que merecerá repetirse. Ello dice que no es ello sino ella. Tengo mis dudas, pero me da lo mismo; lo que ella sea no sería nada para mí si se las arreglara sola y no hablara.

Martes

Ha llenado el terreno de nombres abominables y letreros ofensivos:

AL REMOLINO
A LA ISLA DE LAS CABRAS
A LA CUEVA DE LOS VIENTOS